

921 F1232  
V37



**A**l tomar nosotros la pluma en vindicacion del honor de España, que veiamos néciamente atacado, habiamos creído encontrarnos, no con un filósofo por adversario ni con un historiador profundo e instruido, porque demasiado sabiamos que de la grosera trama de las facultades y estudios del Sr. Tornel no podia nunca resultar la fina tela de la filosofia y de la historia; pero al menos nos habiamos lisongeados de hallar en S. E. un caballero y sobre todo un hombre de buena fé. Grande ha sido nuestra sorpresa al ver completamente desvanecida esta esperanza en el furibundo *ultimatum* que acaba de dirigirnos. *Amigo por pasion de lo grande y de lo bello*, llega S. E. hasta tocar en la region de lo sublime y de lo heroico en la línea de dicterios con que nos regala: nosotros somos todos *nécios*, y es el Espíritu Santo quien lo afirma; por consecuencia no hay mas que sufrir el anatema, porque una rebelion contra el Espíritu Santo es de los pecados que no se perdonan en este mundo ni en el otro. Luego entra el licenciado Montañés en berlina; y ya se vé, el diccionario de la lengua es poca cosa para dar salida á la sentina de broza y de miserias hacinadas en el corazon de S. E., y que han encontrado su digno albañal en la limpia pluma del valiente y comedido general. *Procaz, insolente autor, movido por oculta mano, que mancha esta tierra con su presencia, amen de los consonantes* de su apellido, que sobre ser de un gusto exquisito tienen una alusion que pasma; todo esto son bendiciones en comparacion de lo que aun le queda dentro al ilustre general. ¿Qué culpa tiene el pobre licenciado de que su antagonista se haya visto atosigado con algunas cuantas razoncillas que no ha podido decir? Al menos hubiera sido cordura disimular la cólera, porque ella anuncia desde luego una causa perdida.

000443



Acordámonos de haber leído, que cuando en el parlamento inglés se agitó la cuestion de la intervencion en España, que la Francia legitimista queria á toda costa llevar á cabo en 1823, los oradores Wighs y Torys se desataron en calumnias y dicharachos contra el pobre Chateaubriand principal promovedor, de quien decian que ¿qué se podia esperar de un hombre que habia ido á buscar agua del Jordan para el bautismo del rey de Roma? La causa de Chateaubriand era infernal porque él dió el ejemplo de uno de aquellos atentados contra la independencia de las naciones, de un abuso el mas brutal de la fuerza que destruye para muchos años toda nocion de moral y de justicia en la conciencia de los pueblos; pero no eran los ingleses de 1793 y 1815 los que podian oponer razones plausibles á la política del ministro poeta. El Sr. general Tornel en falta de mejores argumentos se ha ido á buscar *agua del Jordan* en contra del pobre licenciado, que (y en esto como ni en otras muchas cosas no se parece al grande escritor) tiene la fortuna de presentarse en union con sus amigos á defender una hermosa causa contra S. E. lo mismo que contra qualquier otro adversario que se presente.

El Sr. Tornel para ocultar su impotente y necia saña, siquiera por su propio decoro, debió no haber echado en olvido que ya no estamos en aquellos aciagos dias, en que un padre desdichado, víctima de una proscripcion insensata, iba á tocar á la puerta del Sr. general para obtener de S. E. el permiso de vivir entre los mexicanos, y de no ir á morir con su familia en los caminos y en el suelo extrangero á manos de la destitucion y del abandono; debió tener presente que ya no es hoy el dia, en que encargado S. E. de rebatir una cierta oposicion al gobierno, por toda razon proscribió á los redactores que hacian uso de la libertad de la imprenta, ni tampoco aquel en que en una epoca mas cercana suprimia (ó la administracion á que pertenecia, que es lo mismo) con mano militar un periodico que hoy es su admirador y entusiasta; hazañas que seguramente figurarán muy preminentes en su inmortal hoja de servicios.

Amenazar con una expulsion es un medio muy lógico de contestar á sus antagonistas; pero ¿quien es él ni su faccion para dirigirnos semejante bravata? ¿No sabe el insensato que entre México y España hay tratados que una y otra nacion no solo tienen interés sino medios de hacerlos cumplir y respetar? Pues qué ¿se espulsa así como quie-

ra en 1841 á un hombre por haber tenido la fortuna ó la desgracia de herir el amor propio, no de la nacion, lo cual ha estado muy lejos de nuestra mente y de nuestras palabras, sino de un petulante hinchado escritor y de un general de antesala? ¿Quién le ha dicho al zurcidor de citas y forjador de calumnias que hemos de continuar los españoles en 1841, siendo la befa de sus discursos y el blanco de las necias declamaciones de escritores, que, como él solo lo son porque tienen papel y tintero? Sr. general, aquellos dias se pasaron, y se pasaron para siempre: un español y un mexicano no son ya sino dos hombres que se encuentran en la carrera de la vida y que se deben todos los miramientos de la sociedad. Un dia pudo el primero oprimir al segundo así como éste oprimir á aquel; mas todo esto pertenece ya á la historia, y tan injusto seria el que nosotros atentásemos hoy á su *independencia intelectual* de vds., como el que vds. nos privasen del derecho de discurrir y de defender nuestro honor cuando lo creamos atacado.

A propósito de atacar el honor y aun la independencia de la nacion mexicana, el Sr. general ya que no talento, emplea arterias para defenderse. Su causa es bien mala de por sí: preciso es pues presentarse en la arena con la palma del martirio. ¡Martir de la patria el Sr. Tornel! ¡Campeon de la independencia mexicana S. E.! ¡*Risum teneatis amici!* México cuenta con hombres demasiado eminentes, con abogados demasiado hábiles, para que la defensa de su causa, si su independencia se hubiese visto seriamente atacada, la hubiese puesto en manos tan bisoñas y desacreditadas como las de S. E. Pero cualquiera que sea el caracter del cuaderno del Sr. Gutierrez Estrada, que los hombres de juicio calificaron desde el principio; nosotros nos encontramos en una arena demasiado noble para que temamos esponer al público todo nuestro pensamiento. Nada tenemos que ver con aquel autor ni con su proyecto, y es una miseria, es una ruindad, que solo pudiera haber hallado acogida en el pecho del bravo general, el haber involucrado nuestros esfuerzos patrióticos con semejantes cosas.

Se nos hace por fin la justicia de creernos de buena fé cuando decimos que la opinion de España es hoy decidida respecto de la política de América, y que allí no se anhela sino por establecer relaciones amistosas con todos estos paises; pues si esto es así, ¿á qué venirnos todavía *con la mano oculta que dirige nuestras plumas?* ¿á qué con las ballenas nadando por encima del cerro de Popocatepetl? ¡Estupenda



imágen por cierto! ¿No acababa el Sr. general de decir que sabia mejor que el autor del cuaderno de las ochenta páginas cual era la opinion de España sobre este punto? Nosotros en buena hora le concedemos aquí la palma de la ciencia, y que con efecto él sabe infinitamente mejor que nosotros que España no sueña en reconquista; pues ¿á qué entónces de esa llamarada de patriotismo que nos ha deslumbrado á todos? Mas nos olvidábamos de que el Sr. Tornel es *amigo por pasion de lo grande y de lo bello*, y que no podia dejar pasar una tan bella ocasion de hacer nadar ballenas por encima del magestuoso volcan, si bien á costa de su buen juicio, de su lógica y aun de su opinion como hombre de *memoria*. Ello no venia á cuento, pero al Sr. Tornel le agradan los juegos de gigante: colocar una estatua sobre el mas alto pico del Chimborazo para que de allí pudiera verse de toda la tierra asombrada, y traer ballenas para que jugueteen á veinte mil pies del nivel del mar, es no ya como quiera sublime, sino hasta *homérico, estupendo*. Aquí pues, del Sr. general.

Así que, por su propia confesion repetida en varios pasages de sus tremendos dos pliegos y medio del Cosmopolita, la España no sueña en proyectos que puedan alterar la paz de estos paises; por consiguiente ni tampoco nosotros que no somos tan estúpidos ni tan arrogantes, que ò no veamos lo que todos nuestros compatriotas ven, ó presumamos de ir contra el torrente de su opinion unánime y decidida.

¿Quiere mas sobre este tema el Sr. general? Pues le repetiremos que nosotros damos á nuestra patria la mas cordial enhorabuena por la emancipacion de sus Américas, si bien nos duele que ella se hiciese de un modo tan cruento y que no hubieran las circunstancias permitido que se asentase aquí la libertad sobre bases mas sólidas. Pero aun le haremos otra revelacion, y no tanto á él como al público á quien hemos ofrecido nuestro pensamiento entero: le diremos, que colocados aquí en el momento terrible de la guerra, nuestra resolucion no hubiera balanceado un solo instante, y que entre la *traicion* ó sacrificarse por la patria, el *sacrificio* hubiera sido nuestra eleccion. No por esto hubiéramos considerado al americano que lealmente nos hiciese la guerra como un enemigo indigno de nuestro aprecio; nuestro corazon nos hubiera dicho que puestos en su lugar habriamos imitado su conducta: en el campo de batalla se habria encontrado con la punta de nuestros aceros; fuera de él con la mano de un amigo, de un hermano. ¡Así pien-

san los jóvenes aventureros que hoy vienen de España á buscar un asilo que su patria les niega!

México tuvo razon en hacer su independecia y España en oponerse á ella. No nos venga el Sr. Tornel con las gravísimas quejas de este pais hácia su metrópoli: la gran queja de México, la injusticia que sufría sobre todas, era la de depender de fuera, la de no tener en su seno el principio de su gobierno; y esta queja España no la podia satisfacer. Por lo demás, quejas parciales y secundarias habia muchas; ¿y dónde ó en qué clase de gobierno han dejado de existir? ¿quiere S. E. que empecemos por enumerarle todas las que en todos tiempos han elevado las provincias de España á su gobierno? Pero para esto necesitaríamos escribir la historia de nuestras córtes, de cuyo fondo se eleva como un quejido constante que revela el malestar de la sociedad; malestar que no es un achaque nuestro solamente, sino de todas las sociedades que han vivido ó viven sobre la tierra. ¿Quiere que se empiece por las quejas de los plebeyos en Roma, quejas siempre repetidas y eternamente eludidas hasta el advenimiento del César; ó por las que una sociedad miserable y esclava del terreno elevaba en vano despues de la ruina del imperio á sus orgullosos Señores; ó por las que hace trescientos años está elevando la Irlanda, esta víctima sagrada del catolicismo; ó por las que no cesan de exhalar los obreros de Manchester y de Lion, ó en fin, por las que en este propio pais vierten igualmente envano los departamentos devastados por los bárbaros, ú oprimidos por la arbitrariedad de sus gefes ó por el desórden de las revoluciones? Mas para esto seria preciso escribir por ápices la historia antigua y la moderna, inclusa la de México, pues el fondo de todas ellas no es sino el dolor y la miseria, última y mas verídica expresion de la triste humanidad.

La cita que se nos hace de los hombres de Cádiz no prueba nada por probar demasiado, como todas las declamaciones que se han espendido y esponderán en el mundo, ora sea el príncipe, ó el gobierno, ó las asambleas, ó el mas oscuro particular quien las vomite. Si hubiésemos de ir á tomar sériamente cuanto han dicho sobre los gobiernos que les precedieron las asambleas que se sucedieron en Francia desde 89, las córtes de Cádiz que no han sido las que ménos han declamado, y los congresos del Nuevo-mundo, seria preciso taparse herméticamente los oidos, ó bien volar al desierto despues de haber sacudido hasta el



polvo de las sandalias sobre ese hacinamiento de miserias y crueldades que se dice sociedad humana.

Para conocer una época ó una nacion, ó un órden de cosas dado, si aspiramos no á prejuzgar la cuestion con arreglo á miras apasionadas, sino á desenterrar la verdad histórica de enmedio de las exageraciones de los partidos y de los intereses ofendidos, es preciso desnudarse ántes á sí mismo de toda afeccion y animosidad. El Sr. Tornel está acostumbrado á mirar la dominacion española aquí con un lente engañador; y no lo estrañamos en parte porque él ha pertenecido á la generacion que ha tenido que combatir por la innependencia. Nosotros le habiamos presentado un campo bastante ancho para una discusion histórica: le habiamos dicho: examina con nosotros este vasto sistema; las miras de la España no eran tan mezquinas ni tan egoistas; ellas comprendian el bien de la colonia como el de la metrópoli: nosotros no quisimos reservarnos una condicion que no otorgásemos á nuestras colonias; toda nuestra civilizacion, todo cuanto eramos lo vaciamos en ellas, colegios, universidades, casas de beneficencia, templos magníficos, conventos, lo que teniamos, en fin, lo que eramos, porque no eramos otra cosa: ninguna otra nacion ha dejado sus colonias en un estado tan brillante como la España. La ley concedia iguales derechos á todo español donde quiera que naciese: es cierto que habria algunas injusticias en el repartimiento de los honores y de los empleos; porque ¿cómo evitar preferencias y antipatías? Pero en general se conservó igual la balanza, y el americano pudo optar á toda clase de empleos dentro y fuera de la península: ¿ha hecho otra metrópoli mas ni aun tanto por su colonia? Le hemos citado ya un ejemplo, y este es notabilísimo por todas sus circunstancias, la del digno ministro que hoy nos representa en México: á este añadiremos el de Lardizabal, consejero de Castilla y regente del reino. Ni fué el único americano que ocupó tan alta posicion. En nuestros dias le citaremos á la segunda autoridad de la Habana, el intendente; á los generales Zayas, Espeleta, Lopez, Quesada, y otros muchos, de los cuales unos viven y otros han muerto. Si aun quiere mas, le remitiremos á la biblioteca mexicana de Beristain, y á muchos antiguos empleados del gobierno español que aun viven aquí y que podrán ayudarle á formar la lista que solicita y que nosotros no tenemos tiempo de formarle.

Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír. Al Sr. Tornel le

es mucho mas cómodo vociferar, y por nada del mundo renunciaria á este derecho. *Trescientos años de despotismo, bárbara dominacion española, política esterminadora de la raza indigena, gobierno que solo despertaba de su letargo para causar infinitos males á este infortunado pais,* son frases que nada cuestan y una moneda aun no enteramente gastada para hacerse de una regular dosis de reputación patriótica. Quédese, pues, el Sr. Tornel con su manía, que á nosotros solo nos pesa del tiempo y de la tinta que hemos gastado con S. E. La independenciam vino á poner término á un estado de cosas violento, porque lo es el de una colonia que ya se cree capaz de gobernarse: he aquí la última conclusion á que nos atenemos, no á las supuestas grandes injurias.

Por lo demás, repetimos lo que dijimos en nuestra réplica. La constitucion de Cádiz era inaplicable á las Américas: ella aceleró la independenciam. A nosotros no nos pesa de este acontecimiento, ántes hemos dicho que lo celebramos infinito; crealo ó no el Sr. Tornel, nos es absolutamente indiferente. Pero nosotros no tenemos culpa alguna de que no nos sea dado cambiar la naturaleza de las cosas, ó que juzguemos lo pasado con arreglo á ella; y supuesto que hay un vicio radical en todo gobierno colonial, vicio que la mano del hombre hasta hoy no ha podido corregir, es preciso conformarse con neutralizar sus efectos en lo posible por medio de una sábia administracion. Hé aquí lo que han hecho Francia é Inglaterra, que ambas han gobernado y siguen gobernando sus colonias por medio de leyes excepcionales. La España absolutista pudo muy bien decir á sus hijos de ultramar: „todos tenemos unos mismos derechos;” porque con esta concesion no les transmitia ningun participio en el gobierno, que ni los mismos peninsulares poseian; pero la España liberal no pudo decir esto mismo sin conmovier y arruinar su sistema colonial: así hoy, aleccionada por la experiencia, ha recurrido al único medio practicable; el de gobernar las colonias que le quedan muy sábiamente por cierto, pero por leyes excepcionales. Si de esto hace un gran misterio el Sr. Tornel como si nosotros hubiésemos dejado escapar de nuestra pluma un secreto de estado, con su pan se lo coma y creanle á pies juntillas los tontos; que á nosotros nos basta el testimonio de los hombres que piensan y no juzgan por palabrotas.

Tal es nuestro modo de sentir con respecto á todo lo que tiene conexion con la independenciam mexicana: dijimos que debiamos al pú-



blico, no al Sr. Tornel, á quien de nada de esto somos deudores, la entera manifestacion de nuestro pensamiento. Por fortuna todos nosotros hemos mamado el liberalismo con la leche, y estamos penetrados de su grande y capital máxima, la de gobernar con el pueblo: en consecuencia hemos aprendido á ser francos, porque el pueblo no tiene secretos: creemos que los mexicanos nos agradecerán esta franqueza.

Véamos en qué hemos podido atacar al honor de la nacion mexicana; cargo que tambien nos acumula nuestro antagonista, porque ya hemos dicho que á falta de razones tiene la táctica de buscarse buenos lados. Cierto, que al defender nuestra propia nacion, no tendríamos escusa en haber atentado al honor de aquella cuya hospitalidad disfrutamos. Nada de misericordia empero, Sr. Tornel: aquí ninguno de nosotros necesita de otra misericordia que la de Dios. En cuanto á la nacion mexicana imploramos su justicia y nada mas: prestar hospitalidad al extranjero es mas que una virtud, un interés, y cuando existen tratados y el extranjero no ha faltado á las leyes, un deber sagrado. En este caso nos encontramos. El Sr. general podrá opinar como quiera, y aun si la cosa pudiera pasar de opinion y volvieran tiempos felices, en que se repartian *cartas de vida* y á los españoles se les señalaba públicamente con el dedo como el blanco del furor y de la rapacidad de la plebe, sabemos á que tendríamos que atenernos en cuanto á la buena voluntad de S. E. Mas por ahora la cosa no es así. Despreciamos ademas todas sus bravatas: el anónimo no es una máscara para el hombre de bien: S. E. no sabe seguramente lo que es dormir con una conciencia tranquila.

El gran capítulo que nos forma el Sr. Tornel sobre este punto es aquel párrafo en que nos tomamos la libertad de bosquejar una caricatura de México, tomando de sus mismas manos la paleta y pinceles con que tan asquerosos nos pinta. El Sr. Tornel se ha indignado de nuestro atrevimiento; pero ¿y por qué nosotros no nos debimos indignar á nuestra vez del suyo? Precisamente este era el efecto que quisimos producir en el ánimo de S. E., presentándole de bulto la injusticia de su proceder con nosotros. Le hemos devuelto calumnia por calumnia, y recargada la pintura de los mas sombríos colores ha resultado un cuadro horrible; porque ¿qué cosa hay que no tenga su lado malo?

Todo cuanto nos dice en consecuencia para vindicar los héroes de la

independencia es inútil: nosotros no debemos ni podemos entrar en esta discusion. La historia hablará en este punto y dará á cada uno segun su merecido. Solo si en descargo de nuestra conciencia deberemos decir, que si á toda costa se quiere manchar la memoria de algunos de nuestros militares, ellos usaron de represalias por crímenes horrendos que dieron á la guerra un carácter feroz; represalias injustas y bárbaras reprimidas, en fin, por órdenes terminantes del soberano, pero al fin represalias.

Otra hipótesis en que hemos hablado, ha alarmado sobre manera á S. E.; aquella en que deducimos las consecuencias que se derivan naturalmente de sus favoritos principios, de que los españoles no dejaron educacion ninguna, que todo lo que se ha hecho desde la independencia es un milagro &c. &c.; pero S. E. malicia mejor que Siciocina. ¿No sabe que una hipótesis no contiene en sí ninguna verdad absoluta sino simplemente relativa? Si el supuesto es verdadero la hipótesis lo es; si falso, ella tambien viene á tierra. Lo que debia haber probado S. E. era que nuestras consecuencias no se seguian de sus principios; pero esto hubiera sido acometer de frente con la dificultad; y era mucho mas cómodo eludirla y declamar recio contra el *protervo* autor movido por *oculta mano*.

En fin, á veces llevados del ardor del momento, pareciamos dirigir á los mexicanos todos, lo que no fué ni es nuestro ánimo dirigir sino á estos injustos y ligeros mexicanos que han provocado esta discusion. No se crea que ha sido nuestro intento hostilizar á la nacion en masa: suponemos en ella demasiado buen sentido para que podamos achacarle ni la violencia del sepulcro de Cortés, ni ese odio insano hácia su memoria, no ménos injusto y atroz, y hácia todo lo que es español. No; quede mas bien esta gloria separada para el Sr. Tornel y secuaces, y tengamos la satisfaccion de asestar nuestros tiros contra la hez tan solo de la sociedad mexicana, contra los que han medrado con las revoluciones, y servido á todos los partidos. A los buenos y sensatos mexicanos, no tenemos sino simpatías las mas decididas que dirigirles en la fortuna próspera ó adversa del estado.

A Fr. Bartolomé de Las-Casas levántesele muy en hora buena una estatua; fabríquesele no ya de piedras sino de peñascos y aun de montañas, y erijase en la mas alta cumbre de los Andes, sobre el Chimborazo, si le place á S. E. ¿Qué interés pudieramos tener nosotros en



deprimirle? ¿No le hemos hecho toda la justicia que puede hacersele? ¿No hemos hasta atenuado sus grandes defectos? Si no hubieramos estado animados de ese espíritu de caridad que es tan necesario en la historia como en la vida civil; si en vez de esto hubieramos copiado no ya á sus encarnizados enemigos, sino al Inca Garcilazo que le atribuye los desastres de su patria, á Bartolomé de Albornoz, (en su arte de contratos) que se halló aquí y estudió con el mayor cuidado las cosas de esta tierra al mismo tiempo que el santo obispo, á Solís, á Saavedra en sus empresas políticas &c. &c., otro muy diferente retrato hubiera salido, Sr. general. El sábio y diligente historiador Herrera es muy bueno, segun S. E., en todo lo que dice en abono de Las-Casas, habiéndonoslo citado en su anterior escrito, y solo un pésimo y apasionado escritor en lo que le ofende. ¿Y por qué? Precisamente porque dice mal del santo obispo; pues seguramente este santo varon fué impecable y como el Cordero de Dios no pudo tener mancha alguna. Pero la crítica de S. E. está todavía tan vírgen como su espada; bien así como su *ideología*. A propósito de *ideología*: hace muy bien el Sr. general en pasar por encima de ella como gato sobre ascuas. Como no ha tenido tiempo de tratar esta cuestion....!

Trátase de farisaico nuestro escándalo al ver arrastrados por el lodo nuestros grandes hombres y nuestra historia toda entera. El Sr. Tornel no comprende, á lo que vemos, lo que es tener patria, y una patria grande y generosa; patria, cuya espada ha pesado siempre en la balanza de las grandes cuestiones que han agitado al mundo desde que Roma la rebeló á la antigüedad asombrada; patria y con cuanto orgullo lo decimos! en que la savia del bárbaro que la Providencia nos enviara para regenerarnos, incorporada con el jugo cristiano que ya poseiamos, dió mas ántes que en otra nacion alguna frutos ópimos de civilizacion, formando esa raza indomable de iberos, nunca vencida, aunque de continuo destrozada por el alfange agareno, y que libre de este azote se lanzó impávida en una carrera gloriosa, en que á costa de su propia vida debia conquistar, no ya reinos sino mundos enteros para la civilizacion y para la humanidad; esa raza de subida ley, que grande hasta en sus infortunios, hoy se levanta magestuosa á conquistar entre las naciones un puesto digno de su génio y de su historia.

Nosotros no queremos hacer de España un *olímpe de griegos y romanos*, ni un *cielo de los santos*: conocemos nuestros propios defectos; pero

pedimos justicia, porque queremos vivir con honor y no ser un proverbio en la comunidad de las naciones. Esta justicia, que ya despreciamos de manos del Sr. Tornel, la buscamos en las de esa ingrata Europa, que hace ya cerca de dos siglos ha tomado por moda difamarnos, sin conocernos mas que por algunos poetas que de tiempo en tiempo nos visitan; de esa Europa que olvida que la hemos precedido en la política, en las ciencias, en la literatura, en los grandes viajes y descubrimientos, y que afecta ignorar que aun podemos serle tan útil.

El Sr. Tornel es en este punto como un cuero no enteramente henchido de viento, que si por cualquier lado se le comprime no presenta resistencia alguna á la presion, mas es elevándose al mismo tiempo en otra direccion. Si le atacamos sobre Cortés, atrayéndole á puntos determinados de su vida y arrancándole de esas eternas generalidades en medio de las cuales tambien se halla, esclama: „No, Cortés fué un grande hombre; ¿cómo negarlo? pero á renglon seguido nos regala con los epítetos consabidos de *feroz conquistado*, *carácter sanguinario* &c. &c. Si hablando de España le invitamos á examinar su historia y su sistema para hacerle ver que no podia ser tan bárbara una nacion que tanta solicitud mostró por los indígenas, y que de hecho mejoró su condicion respecto de la que disfrutaban ántes de la conquista; de una nacion que se hizo representar aquí por tantos y tan grandes hombres en todos los ramos, inmediatamente nos sale con: „disparate; es un error, es una insigne mala fé pretender que nosotros atacemos todo lo de España; la Iberia ha sido una gran nacion &c. &c.” pero no bien ha acabado de resollar en este sentido, cuando sin cespitar lleno de indignacion nos apostrofa, tratando de bárbara, así en masa, la dominacion española, de feroz su despotismo, con variaciones sobre este tema. Así que buen provecho le hagan al Sr. Tornel sus declamaciones, y así siga predicando de aquí hasta el dia del juicio por la tarde sobre un texto de *Voltaire* ó *S. Gregorio*, ó bien sobre *Daniel* ó *Jeremias*; que nosotros le dejaremos en plena libertad de vociferar.

El proceso con que nos regala no es sino una parte, y esta la de acusacion: es preciso oír la defensa. Pero ni aun de esta parte, presentada con una refinada malicia, resultan mas que hablillas de criados y murmuraciones de lugar: ¿querria el Sr. general que su conducta doméstica se juzgase por la deposicion de sus propios criados? Parécenos que saldrian cosas curiosas. Pero S. E. ha olvidado lo mejor



del caso, y es que el tal proceso se le formó á Cortés durante su residencia en la corte, cuando su favor en ella estaba de baja, y la primera audiencia que vino á México tenia aprisionados ó desterrados á todos sus amigos: ¡qué bueno andaria el proceso!

Ni pretendemos nosotros que Cortés no tuviese defectos. En el hombre siempre se dá una mezcla de bien y de mal; siempre á la humanidad en todas sus situaciones acompañará esa liga fatal, ese barro, dentro del cual sopló Dios su aliento omnipotente; siempre en los grandes hombres, para servirnos de la expresion de un paisano nuestro, se encontrará una mayor ó menor dosis de las fragilidades de nuestra naturaleza. Las grandes y comprometidas situaciones favorecen mas y mas el desarrollo de este bajo elemento de nuestra constitucion. Por esto un Alejandro, un Cesar ó un Napoleon sin ser peores que el comun de sus semejantes, cometieron mayor número de crímenes y bajezas que ellos. Pretender que deberian, en consecuencia, ser juzgados por las reglas comunes, ser arrojados de ese trono de honor y de gloria que la posteridad les ha decretado, seria contradecir la conciencia de la humanidad; la cual no beatifica sus defectos, sino que á pesar de estos y haciendo la debida concesion á la parte innoble de nuestra especie, sublima sus acciones y se complace en mirarse en el divino espejo de sus virtudes, de sus heroicos alientos, de sus hechos portentosos. Ella no concede los honores divinos, sino á esta noble parte de nuestro ser, á esta hermosa porcion del cielo, que á veces Dios se complace en vaciar á manos llenas en el molde de nuestra vida; y esta porcion los merece de derecho. ¡Ea pues! escojan nuestros detractores; ó consentir en despojar á la historia de todos sus adornos, abatiendo ante una inflexible ley al grande como al pequeño, ó admitir á nuestros héroes en la comunidad de los grandes, de los mas grandes que celebra el mundo, y de los que mas servicios han prestado á la causa de la civilizacion general.

Mas por que no se entienda que al hacer esta, solo pedimos para Cortés una dispensa por crímenes atroces; en prueba de que no conquistó el título de gran capitán y gran político á espensas de su inhumanidad, presentaremos al público argumentos hartos mas convincentes que las miserables declamaciones con que eternamente se le persigue. ¡Quién es la víctima inmolada en el altar de la política feroz de Cortés? ¡No son los indios los que arrancan tantas lágrimas á la sensibilidad

del filántropo Sr. Tornel, obligándole á mezclarse en su defensa con tanto desinterés, y á tomar sin ser llamado su voz contra la opresion de feroces bandidos, contra las tramas sangrientas del conquistador? pues van á hablar las obras de los mismos indios, de esos indios que despues de 300 años conservan tan fresca y venerada la memoria de su verdugo como en la época memorable de sus infortunios. Sabidas son las desventuras de la famosa espedicion de Honduras, la tortura inenarrable que el alma aun mucho mas que el cuerpo del gran Cortés tuvo que sufrir en esta peregrinacion memorable. Empero el grande hombre arriva á su vez á la Veracruz, no ya como en otro tiempo á la cabeza de una tropa belicosa y ávida de aventuras, ni á un pais que lleno de la fama de su nombre habia dejado poco ántes en manos de sus amigos ahora dispersos y quebrantados; sino cual pudiera un triste naufrago arrojado sobre el roto mástil á la desamparada orilla, y á un territorio dominado por sus mas encarnizados enemigos. Cual en tiempos posteriores Napoleon á la vuelta de Helba, entónces nuestro gran capitán se presentó solo en medio de sus enemigos y de un pueblo á quien habia despojado de su independenciam. Vamos á ver lo que vale el hombre en su original desnudez, en el valor intrínseco de sus hazañas y de sus virtudes, en la ausencia del poder y del brillo de la victoria. Es Bernal Diaz quien habla: "é vase Cortés á la Veracruz en los caballos é mulos de la harría que serian cinco leguas de andadura y mandó que no fuesen ningunos á avisar como venia: y ántes que amaneciese con dos horas llegó á la villa, y fuese derecho á la iglesia, que estaba abierta la puerta y se metió dentro en ella con toda su compañía, y como era muy de mañana, vino el sacristán que era nuevamente venido de Castilla, y como vió la iglesia toda llena de gente forastera..... salió dando voces á la calle.....y á las voces que dió el sacristán vino el alcalde mayor é otros alcaldes ordinarios.....: y como Cortés estaba flaco del camino no le conocieron hasta que le oyeron hablar.....: y como vieron que era Cortés, vanle todos á besar las manos y dalle la buena venida.....: y luego se dijo misa y le llevaron á aposentar en las mejores casas que habia....., y luego por la posta envian mensageros á México.....: y como lo supieron todos los indios de la redonda, traenle presentes de oro y mantas y canoas y gallinas y frutas y luego se partió de Medellin, é yendo por su jornada le tenian el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas, é con mucho basti-



mento para Cortés y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mexicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro, y ropa, é gallinas, y todo género de frutas de la tierra, que en aquella sazón había, y le enviaron á decir que les perdone, por ser derepente su llegada, que no le envían mas, que de que vaya á su ciudad harán lo que son obligados, y le servirán como á su capitán, que los conquistó y los tiene en justicia: y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlaxcala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron á recibir con danzas y bailes y regocijos y muchos bastimentos.....; y los caciques de aquella ciudad [Tescoco] con grandes invenciones de juegos y danzas, fueron á recibir á Cortés mas de dos leguas con lo cual se holgó....., y los caciques mexicanos por su parte con muchas maneras de invenciones de divisas, y libreas que pudieron haber, y la laguna llena de canoas é indios guerreros en ellas, según y de la manera que solían pelear con nosotros en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas. Fueron tantos los juegos y regocijos, que se quedarán por decir, pues en todo el día por las calles de México, todo era bailes y danzas, y después que anocheció, muchas lumbres á las puertas.....; y los indios de todas las provincias le venían á ver y le traían presentes de oro; y aun los caciques del Peñol y de Coatlán que se habían alzado, le vinieron á dar la bienvenida y le trajeron presentes.”

Así recibió México á su conquistador: véamos como estos mismos indios dos siglos y medio mas tarde respetaban y querían la memoria del grande hombre. Va á hablar un autor reguicola, pero sumamente conecedor de las cosas de América en donde vivió muchos años, y gran defensor de los indios contra los insultos de los filósofos. „Pero aunque Montesquieu y otros escritores semejantes hayan procurado infamar la memoria de Cortés, esta no obstante ha recibido y recibe todos los días el homenaje y tributo mas lisongero y menos sospechoso. Los indios mexicanos y otomíes que habitan en mucho número por los arrabales y contornos de la gran metrópoli, y que descienden por línea recta de los que poblaban la antigua Tenuchtitlán ó corte de Motezuma, nunca hablan de su famoso conquistador sino con palabras que dan á entender el gran respeto y admira-

cion que le profesan. Pública fué no hace muchos años la sinceridad de estas espresiones; pues habiendo determinado el virey conde de Revillagigedo que los huesos de Cortés fuesen trasladados de la iglesia de S. Francisco, en donde se habían casi tres siglos antes depositado, al mausoleo que se le acababa de erigir en el templo del hospital llamado de *Jesus*; el día de la pompa fúnebre acudieron de todas partes infinitos indios, que presididos por sus gobernadores y caciques desplegando al aire los pendones de sus repúblicas, acompañaban con gran modestia al féretro, y mostraban que no querían ceder á los españoles en honrar los preciosos restos de tan ilustre general. Este sencillo testimonio es sin duda el mejor elogio de Cortés, y muy suficiente para vindicarlo de la *maligna sátira de tanto escritor extranjero*. Uno de estos críticos, y quizá el menos moderado de todos, advierte que la memoria de los conquistadores se conserva ordinariamente en los pueblos conquistados del mismo modo y por la misma razón que nos acordamos de las inundaciones, de los incendios y de las pestes que hemos sufrido. ¡Cuán glorioso es para nuestro general formar excepcion á esta regla! En efecto, después de haber conquistado este vasto imperio: después de haber con su intrépido valor y vigilancia obligado á sus naturales á deponer para siempre las armas: después de haber fundado la gran metrópoli del nuevo-Mundo, y haberle dado leyes y consejos muy sabios, muy prudentes y muy á propósito para hacer olvidar los males de la guerra y establecer entre españoles é indios una recíproca y amistosa confianza; *se quedó á vivir entre ellos como un padre en medio de sus hijos.....* La prueba mas auténtica del buen corazón, del ánimo generoso y de los sentimientos suaves y humanos de nuestro general, *es el constante amor que profesó á los mexicanos* después de haberlos sometido á la dominacion española: es el haber perorado con tanto ardor su causa en la corte del emperador D. Carlos: es el haber derramado á manos llenas una parte sumamente considerable de sus tesoros para procurar en lo sucesivo á estos naturales *todos los consuelos y alivios que dependían de su mano*: es el haber dejado su patria para buscar con sus hijos y familia, como el ateniense Milciades, *la compañía de los mismos que había vencido*: es por último, el haber mandado expresamente en los últimos momentos de su vida, que ya que no tenía el consuelo de morir en México, *sus huesos fuesen llevados á dicha capital*, como en efecto lo